

RESEÑAS

Tom Rockmore, *German Idealism as Constructivism*, Chicago/London, The University of Chicago Press, 2016.

MARÍA DEL CARMEN PAREDES,
Universidad de Salamanca.

Estamos ante un libro que es fruto de múltiples y continuadas investigaciones sobre el idealismo alemán y el contexto general de la filosofía kantiana y postkantiana, así como de una constante dedicación a Hegel. En su planteamiento hay que destacar en primer lugar su innovación en el modo de acceder al problema del conocimiento y a cuestiones filosóficas de diversa índole que gravitan en torno a la filosofía trascendental, su herencia de la mejor tradición filosófica y su proyección hacia los sucesores de Kant.

De esa herencia filosófica, T. Rockmore retoma la relación entre Parménides, Platón y Kant, para destacar que Kant se acerca al planteamiento platónico del conocimiento en cuanto que también admite un dualismo ontológico, en este caso entre fenómeno y noumeno, y tiene en cuenta dos posibles enfoques del conocimiento: el intuitivo y el representacional (p. 12), que en definitiva son rechazados por Kant en favor de un enfoque constructivista que está vinculado al llamado giro copernicano. Este planteamiento constituye la clave principal de interpretación, lo que no significa que Kant y el idealismo alemán queden reducidos al ámbito del conocimiento, puesto que también se hacen presentes temas tales como la relación entre pensar y ser, el dualismo de realidad y apariencia y las relaciones entre filosofía y ciencia, en particular entre filosofía y matemáticas y geometría. Esto supone que el giro copernicano de Kant subyace a la respuesta kantiana a diferentes problemas filosóficos como los que se han mencionado, problemas que jalonan la filosofía moderna y que determinan tanto las posiciones clásicas sobre la cuestión del conocimiento como sobre las condiciones bajo las cuales la filosofía puede ser una ciencia.

La respuesta kantiana a las condiciones de posibilidad del conocimiento, en la deducción trascendental de las categorías, muestra la posibilidad de co-

nocimientos a priori de objetos de una intuición, mediante la construcción de fenómenos a partir de las sensaciones. Con ello, se pone de manifiesto que el objeto de conocimiento es producto de la interacción entre la realidad independiente y el sujeto que conoce y, de este modo, la deducción trascendental kantiana constituye un enfoque constructivista del conocimiento. Además, la interacción entre el sujeto cognoscente y la realidad que es independiente de él, así como el resultado de la misma, es decir, el objeto de conocimiento, muestra que sujeto y objeto son diferentes y a la vez idénticos. Dicho de otro modo, hay una identidad metafísica en la diferencia entre el sujeto que conoce y el objeto que él conoce y de ello se sigue que, al conocer, el sujeto en parte conoce lo que es externo a él y en parte se conoce a sí mismo (cf. pp. 35-47).

Rockmore presenta el idealismo alemán como una serie de esfuerzos para perfeccionar el constructivismo kantiano. En este desarrollo, y en la transición de Kant a Fichte, juegan un papel importante las aportaciones de Reinhold, Jacobi, Maimon y Schulze, quienes por vías distintas se propusieron completar, mejorar y reinterpretar a Kant. La complejidad de esa transición así como el efecto de su recepción puede apreciarse, por ejemplo, en los primeros escritos hegelianos de Jena, especialmente en el *Differenz-Schrift*. El autor considera a Reinhold “un catalizador conceptual” (p. 48) en la evolución de la filosofía postkantiana, debido a su modo a Kant, y sobre todo teniendo en cuenta el eco que de él se hizo Hegel.

Los capítulos dedicados a Fichte y a Schelling ponen de manifiesto las innovaciones de esos esfuerzos, los temas más definitorios de cada filósofo y los solapamientos e incompatibilidades entre ellos. El idealismo postkantiano comienza con Fichte y su *Wissenschaftslehre* de 1794, así como Schelling establece sus diferencias con Fichte en su *System des transzendentalen Idealismus*, de 1800. Uno y otro, por distintos caminos, evitan la incongruencia del constructivismo kantiano, que necesita del noúmeno para construir el objeto de conocimiento mediante una supuesta acción causal de esa realidad incognoscible sobre el sujeto trascendental (cf. p.58). Fichte, más interesado que Kant en la práctica y en cuestiones concretas que giran en torno al problema de la libertad, reformula en la citada obra la cuestión de la identidad en la diferencia para identificar al sujeto y al objeto, así como a la interrelación entre ambos. El centro de la cuestión, que atraviesa toda la exposición del primer principio, es que esta interacción debe ser entendida desde la perspectiva de un sujeto que es teóricamente ilimitado, pero prácticamente limitado por todo lo que le rodea (p. 71). El despliegue de los tres principios pone de manifiesto la dinámica de esta limitación, a partir de la tesis fundamental de que hay una presupuesta identidad en la diferencia entre el sujeto, que actúa para limitarse a sí mismo, y el objeto, que se entiende en la teoría, pero no en la práctica, como “el sujeto mismo en la forma de la externalidad”. Se produce, así, una reformulación del

constructivismo kantiano, que se encuentra expresamente en la “Deducción de la representación”, “que es la deducción de una identidad en la diferencia entre sujeto y objeto, entre el cognoscente y lo conocido” (p. 73).

El constructivismo de Schelling difiere de los anteriores, tanto por su planteamiento como por la variedad de temas nuevos que surgen a partir de él. Un detenido análisis de Schelling en cuanto a su modo de transformar el constructivismo, su concepto de construcción en filosofía, y su invención de la filosofía de la naturaleza postkantiana, forman el núcleo del cap. 4. Acerca de la filosofía de la naturaleza, Rockmore entiende que Schelling lleva a cabo una vuelta a Kant, yendo más allá de la filosofía crítica. Además, con ella proporciona una dimensión empírica a la filosofía trascendental, lo que le distingue de Fichte, y a la vez sostiene que filosofía de la naturaleza y filosofía trascendental son complementarias, por lo tanto no desvincula a la primera de su raigambre con la filosofía como tal. Entre los distintos elementos característicos del constructivismo en Schelling, está su modo de elaborar la intuición intelectual, que “pasa a ser constructiva o constitutiva” (p. 87), vinculando asimismo el conocimiento a la historia y a la filosofía del arte. Por lo que respecta a la filosofía de la identidad, Schelling propone una forma diferente de constructivismo, que cae fuera de la estela de los idealistas alemanes. Su atención a la identidad entre subjetividad y objetividad desplaza el punto central del sujeto fichteano a una identidad anterior al sujeto y al objeto, en la que aparece una cierta vuelta a Kant (pp. 89-90) y una separación de Fichte. El balance de Schelling, sin embargo, no es compatible con un aspecto central del constructivismo, porque la identidad que Schelling traspone en lo absoluto sobrepasa los límites de la conceptualización, lo que va en contra de una solución constructivista al problema del conocimiento, que en cierto modo queda abandonada (p. 91).

Sin duda, es Hegel quien recibe una atención más detallada en esta monografía sobre el idealismo alemán. En más de 70 páginas encontramos una densa interpretación de la obra hegeliana desde el hilo rojo del constructivismo. Y sin duda también es el *Differenz-Schrift* el texto que articula esa interpretación, en torno a la definición hegeliana de lo absoluto como “identidad de la identidad y de la no identidad” (GW 4, 64) y de su intrínseca separación y unidad, que Rockmore utiliza además como lema de su libro. Es esta visión de la identidad de identidad y diferencia lo que subyace a la crítica de Hegel a Fichte y a la discusión con Reinhold. La concepción circular de la filosofía, que recorre toda la obra de Hegel desde esa primera publicación hasta el “círculo de círculos” de la *Enciclopedia*, penetra en la dimensión fenomenológica de la *Fenomenología del espíritu* con un enfoque circular del conocimiento basado en la experiencia, desde la cual se aprehende la identidad en la conciencia de sujeto y objeto. En el marco de este enfoque circular, que es a la vez conceptual y experiencial, el objeto de conocimiento es construido en el proceso de conocer (p. 108), de una

forma completamente distinta a como lo encontramos en Kant. Si cabe decir que la teoría kantiana es independiente de tiempo y lugar, apodíctica y a priori en su alcance teórico, en cambio la posición de Hegel se hace concreta al tener en cuenta las condiciones reales en las que se hace efectivo no tanto el acto de conocimiento, sino el proceso de conocer. Sobre este punto, cabe añadir que Hegel transforma el dualismo kantiano de mente y mundo al “internalizar la relación entre sujeto y objeto dentro de la conciencia” (p. 112). Pero esta conciencia no es atemporal, sino que se encuentra configurada por el devenir histórico y las condiciones de su realización.

Estas diferencias entre Kant y Hegel, así como sus concomitancias en el desarrollo del constructivismo, se muestran en la filosofía de la naturaleza y en la posición de Hegel respecto a Newton. El autor considera significativa la filosofía de la naturaleza de Hegel por lo que ella es en sí misma, como teoría de las ciencias naturales, y como ilustración del enfoque constructivista del conocimiento: una configuración de la identidad en la diferencia, que viene a ejemplificar cómo se pone de manifiesto un marco conceptual especulativo en el ámbito de lo finito (cf. pp. 113, 120), o dicho hegelianamente, cómo se presenta la Idea en la forma de la alteridad. Las múltiples diferencias entre Kant y Hegel en esta materia convergen de manera destacada en la distinta relación que ellos tienen hacia Newton. La crítica de Hegel a Newton recibe una extensa consideración desde la influencia que tiene el segundo para la elaboración de la propia concepción del primero, especialmente en la perspectiva constructivista. Sobre esa amplia crítica, Rockmore señala que Hegel no rechaza tanto la física newtoniana como el paradigma teórico subyacente en el que se apoya (p. 133). En términos generales, este rechazo es fruto de la propia evolución de Hegel desde su *Dissertatio* hasta las obras de madurez, así como de la atención que en ellas confiere a Newton según su concepción de la naturaleza y de la física. Cuestiones filosóficas muy diferentes, de carácter lógico y metafísico, se mezclan en esa reiterada discusión acerca de la ciencia natural y su más notorio representante.

Esas cuestiones lógico-metafísicas merecen seguidamente una consideración particular. Rockmore se concentra en el tratamiento de la concepción hegeliana de la Lógica desde el punto de vista de su posición general respecto al conocimiento, en relación con tres temas principales: “las posiciones del pensamiento respecto de la objetividad”, la dialéctica y el fundacionalismo cognitivo y la circularidad. También en este contexto, el autor sitúa los inicios de la posición de Hegel en el escrito de la *Diferencia*. En relación con las tres posiciones del pensamiento, cuyo eje es Kant, Hegel aparece formando parte de un debate que continúa en el momento en que escribe la Lógica de la *Enciclopedia*, con lo cual cabe entender que el pensamiento no es independiente de su momento histórico y que Hegel asimismo es dependiente de la tradición

histórica que le precede (pp. 134-135). Frente a los tres modelos conceptuales de la tradición, Hegel expone el modelo de una teoría dialéctica en la que el conocimiento tiene como meta una forma de objetividad que el entendimiento no puede alcanzar (p. 150). Como se sabe, la “forma de la objetividad” tiene un significado y un alcance decisivos en la *Enciclopedia*. La crítica de Hegel a las teorías prekantianas del conocimiento y su pretensión de captar una realidad ya constituida e independiente –en lo que Kant también participaría (p. 138)- se muestra a la luz de ese modelo dialéctico y de la orientación constructivista ya señalada. La discusión con Kant sobre su rechazo del conocimiento suprasensible y sobre la dimensión subjetiva de las categorías en cuanto conceptos del entendimiento, junto con la tesis de Hegel de que solo por medio de la razón, como facultad de lo incondicionado, es posible comprender el carácter limitado del conocimiento de experiencia, apuntan a una dificultad de la versión kantiana del constructivismo (p. 144). Asimismo, las pretensiones del saber inmediato van a contracorriente del proceso de conocimiento, que es un proceso de mediaciones cada vez más complejas.

Tales mediaciones se encuentran en el núcleo de la concepción hegeliana de la dialéctica, cuyas dificultades interpelan a todo lector de Hegel. Desde la perspectiva del conocimiento, el momento positivo de la dialéctica indica la posibilidad efectiva de avanzar desde determinaciones abstractas a contenidos concretos de pensamiento, desde la pregunta por el comienzo lógico a la superación de la pregunta misma, en un proceso circular que vincula la teoría lógica a la teoría fenomenológica (p. 160). Rockmore lleva a cabo una elaboración del pensamiento hegeliano, considerado de un modo unitario desde la *Diferencia* hasta la *Enciclopedia*, teniendo en cuenta el problema subyacente a los modelos de conocimiento hasta entonces elaborados y las respuestas constructivistas a ese problema. Destaca finalmente la respuesta de Hegel a la concepción kantiana de la filosofía como marco categorial deducible sin tener en cuenta la experiencia. “Para Hegel, el marco categorial no puede ser deducido; solo puede ser formulado como resultado de la confrontación de conceptos con la experiencia. El método no puede ser aislado de la ciencia, ni la teoría de la práctica, ya que son dos dimensiones inseparables de un único proceso cognitivo unificado.” (p. 165) La circularidad y la ausencia de presupuestos señalan el itinerario del pensamiento que pasa de las categorías a los conceptos soslayando el no menos importante problema del escepticismo, una empresa en la que Hegel estuvo empeñado continuamente.